ABC 3 feb. 1956

76

NUEVOS COMENTARIOS SOBRE LA BONDAD

EL elogio a la bondad, publicado hace ya bastantes días en estas columnas, trajo diversas cartas a mi mesa de trabajo. Unas, firmadas, a las que respondí o responderé directamente; otras, anónimas o anónimas a medias, ocultas detrás de amables vaguedades: un lector suyo, un buen amigo, un sevillano, etcétera, etc. Todas ellas complementaban, con sensibilidad y agudeza, algunas de las afirmaciones que yo me atreví a emitir en aquel artículo. Hoy, tal vez aun dentro de plazo, intento redondearlas, puntualizarlas y, en cierto modo, dialogar así con quienes me demostraron su interés por el tema inicial.

Cabía, desde luego, amplificarlo, deducir de él lógicas consecuencias. Es indudable que, si en la edad madura, se estima la bondad por encima de la inteligencia, también lo es que en ella se aprecia más el ser queridos que el ser admirados: diríase que lo uno viene detrás de lo otro.

Fuera del cariño que nace de los vínculos de la sangre, la verdad es que en todo el que circula a través de canales amistosos hay siempre un trasfondo admirativo. La admiración, es la fórmula viril del amor de los hombres a los hombres. Esta admiración no ha de ceñirse, estrictamente, a sus cualidades intelectuales. Se admira, en ocasiones, la cultura, sí, el talento; se admira, en otras, la simpatía, la honestidad, la firmeza de carácter, toda la gama, en suma, de virtudes humanas que vemos resplandecer en nuestros semejantes. En ese convencional panegírico de los duelos brillan con frecuencia elogios al que se va para siempre y con los que parece como si se justificase o se razonase la tristeza con que se le dice adiós. Se oye: "era un santo varón" o "valía mucho" o "era amigo de sus amigos".

Para hacerse querer—algún día, a ese don maravilloso, habrá que dedicarle un detenido comentario—hay que poner en juego todas las dotes individuales, hay que forzarlas, inclusive, hay que ejercitar la paciencia, la cortesía, la comprensión del prójimo y obtener así, de todo ello, una especie de dividendo afectivo que nos será abonado cuando la vida nos castigue y nos tunda con sus dolores.

Ahora bien: ese deseo de ser querido se acentúa con el paso del tiempo. La juventud sueña con despertar la admiración, con deslumbrar a propios y extraños. Se sabe fuerte y capacitada para encender el amor; el éxito suele no haber llegado todavía a su dorada playa: se dibuja, acaso, en lejanía, pero no está en sazón, como el fruto en el árbol. El amor, en cambio, la envuelve, la asalta, sin tregua. Le sale al paso, como una irisada e infatigable aventura. Se ama, con simultaneidad a veces, y el amor se nos antoja algo así como un tributo que nos debe la naturaleza. Cada noche, la más inesperada, puede anegarnos, de pronto, en un amor profundo y súbito, pero apenas si nos importa y, desde luego, no nos sorprende.

La madurez es distinta cosa. Su hora es la de la valoración en su justa medida, de las amistades antiguas, de los amores, aunque grises y monocordes, leales. En ese claroscuro de la vida, el hombre regresa al hogar abandonado con un poco de sabor a ceniza en los labios y, en la más bohemia y destartalada de las existencias, se enciende, de pronto, la luz de aquella fiel amiga de provincia que escribió siempre buscando nuestra dirección a través de terceros.

Ser queridos toma, de pronto, una importancia decisiva. Y el ser admirados, empieza a codiciarse menos. El elogio del compañero o el del rival sigue significando mucho, pero más que la carta del hipotético admirador repercute en el alma la de aquel lejano compañero de estudios que nos cuenta cómo ha estado atento a todas nuestras horas de ventura y cuánto las celebra.

El que alaben nuestro buen corazón representa tanto para nosotros como si alabasen nuestra obra, sea ésta cual sea: una operación quirúrgica, un dictamen, el proyecto de un pantano o un drama.

La razón de ese cambio reside, acaso, en que queremos precavernos de la soledad, grave amenaza de la vejez, para la que toda defensa es necesaria y en que comprendemos, claramente, que esa defensa son los afectos los que nos la procuran y no las admiraciones.

Por añadidura, late en lo profundo de nuestro espíritu la conciencia del daño que causamos, voluntaria o involuntariamente, y esa especie de proclamación de nuestras acciones nobles parece como si nos pusiera en paz con nosotros mismos y nos preparase para el final de la vida una general absolución.

Surge entonces una sensualidad de invierno, una especie de voluptuosidad nueva, nunca antes paladeada: la voluptuosidad de hacer el bien. Uno se recrea en ella y, en cierta manera, pide, como un actor fatuo, el aplauso de aquel a quien se favoreció. Ese aplauso se llama gratitud. Cada vez que cruzamos delante de aquel con el que, de una u otra forma, fuimos generosos, nos invade una suerte de extraña emoción; en el fondo, diríase que hasta nos azoramos un poco.

Esa voluptuosidad de hacer el bien no se agosta con los años; al contrario de otras, más bastas, se acrece, pero no por todos se practica desinteresadamente. En secreto, muchos esperan que el bien que hacen, de una o de otra manera, les será devuelto.

Por eso, cuando se les muere alguien al que sirvieron, experimentan la misma sensación del que ve a un cliente que se marcha sin pagar la factura.

Hay muchos viejos visitando a enfermos, con asiduidad y rigor, no tanto por el afecto que les merecen cuanto por verse, a su vez, visitados por ellos cuando enfermen y, extremando macabramente esta posición, al asistir muchos otros a funerales y entierros diríase que firman una especie de invisible pacto de reciprocidad para cuando suene su hora, con los deudos y allegados del difunto.

Es el gobernante el que, con más medios que nadie, puede paladear esa voluptuosidad de hacer el bien. Derramar sus dones, miríficamente, a diestro y siniestro es goce reservado sólo a los dioses. O a sus vicarios en la tierra, que son los ministros. Redimir del hambre a un pueblo, abrirle a través de un ferrocarril o de una carretera o de un puerto rumbos nuevos, es un placer enorme.

He aquí una de las razones que legitiman la ambición del Poder. En el norte de todo gobernante está inscrita, como es lógico, esa norma: labrar el bien de los gobernados. Claro que el bien de aquel que tenemos junto a nosotros y al que puede redimir el dinero de nuestra gaveta, por menguado que sea, es cosa fácil y al alcance del más lerdo. Sin embargo, el bien de la totalidad de los habitantes de un país, sólo la afilada inteligencia del gobernante inspirado puede conseguirlo. Y eso es ya más difícil. Por ese motivo corresponde al estadista, en la pública estimación, un rango superior al del filántropo o al del benefactor.

En todo caso, hay, en hacer el bien, una especie de misterioso júbilo que purifica el alma y la alegra. Declárese este placer de hacer el bien consustancial a la madurez. Y saludemos, sombrero en alto, a la madurez, aunque no sea sino por traer consigo un tan noble cortejo.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española